

## La revuelta de Sobibor: “Hay que contarle al mundo qué pasó en este lugar”

**26 de setiembre de 2016. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar.** El 6 de agosto de 2016 murió Philip Bialowitz, el último sobreviviente conocido de los prisioneros de Sobibor, un campo de concentración en Polonia en el que los nazis exterminaron a más de 200.000 personas, casi todas judías. Bialowitz se salvó de la muerte en 1943, con apenas 18 años, gracias a la única revuelta y escape en masa aiosos en un campo de concentración nazi. En su libro sobre esa rebelión, queda claro que él y los demás sobrevivientes y también millones de otros judíos, no hubieran sobrevivido si no hubiera sido por la entonces socialista Unión Soviética y su Ejército Rojo. Ese hecho para nada apareció en los obituarios en *The New York Times* y *Der Spiegel*, casi los únicos grandes medios que informaron sobre su muerte, ya que no encaja en la narrativa que promueven Estados Unidos y sus actuales aliados sobre la Segunda Guerra Mundial y el comunismo.

El antisemitismo (odio a los judíos) de los nazis resuena en las rabiosas diatribas antiinmigrantes consideradas legítimas en los debates políticos de hoy. Durante gran parte de su primera década en el poder en Alemania, a partir de 1933, la retórica antijudía de los nazis se convirtió en acciones concretas paso a paso, no de una sola vez. La mayoría de la gente no se dio cuenta —o no quiso creer— a donde llevarían el arbitrario corte de la barba de los judíos ortodoxos en las calles y la destrucción de las tiendas judías. No fue sino hasta cuando el partido nazi realizó una conferencia en medio una la guerra mundial en la que a Alemania le estaba yendo muy mal, a finales de 1942, que decidieron ejecutar la “solución final” al “problema judío” —matar a todos los judíos de Europa.

Los nazis necesitaban una victoria rápida sobre la Unión Soviética. La consideraban el primer paso en su esfuerzo de superar la posición de inferioridad en el festín sobre los pueblos del mundo que las potencias rivales le habían impuesto a Alemania tras su derrota en la Primera Guerra Mundial. Alemania definió que sus objetivos de guerra eran la derrota de los enemigos “judío-bolcheviques”. EEUU y Gran Bretaña ansiaban ver que Alemania se desgastara derrotando al socialismo (“bolchevismo”) de la URSS. Les importaba un bledo el exterminio de los judíos y no hicieron nada para detenerlo, aunque, como Bialowitz señala, sabían lo que estaba pasando en los campos de exterminio donde mataban a la gente en cámaras de gas.

Bialowitz escribe en sus memorias: “Si las fuerzas aliadas [EEUU y Reino Unido] simplemente hubieran bombardeado las vías férreas que llevaban a millones de personas a las cámaras de gas, habrían salvado la vida de muchas de esas personas. Yo y otros prisioneros orábamos para que los aviones que sobrevolaban el campo lanzaran bombas directamente sobre nosotros. Sentíamos que si nos mataban, nuestra muerte no sería en vano porque por lo menos habrían destruido las cámaras de gas”.

Los nazis no utilizaron solo la fuerza para matar a millones de judíos. Tuvieron que engañar a la gente y aprovechar las relaciones sociales, los hábitos y las ideas de sus víctimas. Nombraban a judíos considerados líderes de la comunidad para que administraran los guetos donde había judíos encarcelados, y utilizaron a los *kapos* judíos que trabajaban con los nazis para castigar a otros prisioneros y hacer cumplir sus reglas. Mantenían la esperanza de que los nazis les perdonarían la vida a los judíos que cooperaran con ellos (prácticamente nunca lo hicieron). Bialowitz describe los trenes llenos de judíos llevados a Sobibor desde Holanda. Los alimentaban bien durante el viaje y cuando llegaban les pedían que enviaran postales a sus familias diciéndoles que todo estaba bien. Luego los desnudaban y los hacían marchar hacia las cámaras de gas que les decían eran duchas. Sospechaban fuertemente que los asesinarían, pero mantenían una chispa de esperanza —por eso no querían arriesgarse a una muerte casi segura peleando desarmados contra guardias muy bien armados.

La amenaza de muerte no fue suficiente para controlarlos a todos. La tortura era necesaria así como placentera para los oficiales de las SS (policía especial nazi) que dirigían los campos, junto con ayuda local (o, en el caso de Sobibor, prisioneros de guerra de la Unión Soviética que aceptaban convertirse en secuaces de los nazis y recibían entrenamiento especial como guardias). Pero inclusive eso no fue suficiente. Bialowitz hace énfasis en la importancia del sistema de castigo colectivo. A veces unos cuantos prisioneros de

las cuadrillas de trabajo lograban escapar. Pero si había un escape organizado, los presos que quedaban atrás eran torturados y asesinados por no haberlo impedido.

Trenes llevando entre mil y tres mil judíos, principalmente de Polonia, llegaban a Sobibor varias veces a la semana. Como Bialowitz era un adolescente sano y trabajaba en la farmacia del campo, fue uno de los pocos presos a los que no mataron inmediatamente. Escribe sobre una creciente convicción en su grupo de que habría una revuelta. La débil perspectiva de supervivencia que ofrecía la revuelta era la única esperanza que tenían, pero sentían también la necesidad de morir por una causa, asestándoles los golpes que más pudieran a las SS y la máquina de muerte nazi. Pero al mismo tiempo, los lazos que estos presos habían forjado entre sí hacían que Bialowitz y otros estuvieran renuentes a ser los responsables de las retaliaciones contra todos los presos en caso de que alguien intentara escapar.

Unas cuantas docenas de hombres y mujeres, principalmente jóvenes, decidieron que tenían que ingeniar un plan para liberar a todos de una sola vez. Tenían razones para creer que los nazis planeaban cerrar el campo, y sabían que los asesinarían a todos. Empezaron a reunirse en secreto, liderados por un preso de más edad llamado Leon Feldhendler. Esperaban que los partisanos, en particular los guerrilleros bajo el liderazgo del Ejército Rojo (no a todos los partisanos les importaban los judíos), atacaran el campo, aunque estaba rodeado de campos minados. El hermano de Bialowitz empezó a acumular morfina para que las mujeres presas que trabajaban en las cocinas envenenaran a las varias docenas de oficiales de las SS que administraban el campo, ojalá a todos en un solo intento.

Entonces sucedió lo que él describe como “un milagro”: llevaron a decenas de soldados judíos del Ejército Rojo que habían sido capturados por los alemanes para ser exterminados. Su líder, un teniente de nombre “Sacha” Pechersky, era un consagrado revolucionario. Ya lo habían capturado antes y había escapado. Les contó a los prisioneros sobre la victoria soviética en la batalla por Stalingrado —un punto de inflexión en la guerra— y sobre las exitosas acciones de sabotaje y ataques relámpago por los partisanos. Este oficial del Ejército Rojo, el líder de los prisioneros y los otros formularon un plan que consideraron que funcionaría. Los soldados del Ejército Rojo hicieron lo que pudieron para enseñarles a otros presos a combatir, y estuvieron dispuestos a jugar el papel central en el combate ellos mismos.

Las SS les habían asignado a estos prisioneros trabajos como buscar en el equipaje y las ropas de los muertos objetos de valor para el esfuerzo bélico alemán. Los conspiradores designaron personas de sus propias filas para atraer a los oficiales de las SS a un taller, citándolos uno a uno, con la promesa de darles algo de lujo como un abrigo o unas botas. Entonces otros presos apuñalaban al oficial hasta matarlo con las herramientas del taller y quitarles sus armas. Los presos obreros harían sonar fuerte sus herramientas que amortiguarían el ruido. Se las arreglaron para robar algunas armas y granadas con anticipación. Las mujeres que trabajaban en los alojamientos de alemanes robaron munición.

El plan era acumular armas y cuando estuvieran listos, cortar los cables de comunicaciones. Luego marcharían hacia la puerta principal simulando formar una cuadrilla de trabajo. Los presos del Ejército Rojo utilizarían su conocimiento de ruso para decirles a los guardias rusos que vigilaban la puerta que la Unión Soviética estaba ganando la guerra, así que más valdría que dejaran de trabajar para los nazis. Tal vez algunos se unirían a los rebeldes. Pero independientemente de eso, se abrirían paso a bala. La vía que estaba al cruzar la puerta era la única manera de evitar los campos minados. Todos en esa parte del campo —unas 650 personas— escaparían.

Habían matado ya a unos cuantos oficiales de las SS y se habían apoderado de sus pistolas y de unas cuantas armas automáticas cuando un oficial de las SS dio la alarma. Los conspiradores y otros presos se juntaron. Los dos líderes “saltaron sobre una mesa frente del patio y les dijeron a todos: ‘¡Hermanos! Ha llegado el momento de hacer historia. Hemos matado a la mayoría de los alemanes. Levantémonos y destruyamos este lugar. Tenemos poca oportunidad de sobrevivir, pero al menos moriremos luchando con honor. Si alguien sobrevive, de testimonio lo que ha sucedido aquí. ¡Cuénteles al mundo sobre este lugar!’”

Todos los presos estaban en el patio. Un grupo se precipita hacia la puerta principal, otro hacia el depósito de armas. El más alto oficial de las SS sale de su alojamiento y empieza a disparar a quemarropa matando a docenas. Muchos presos quedan aturdidos. Cientos se dirigen hacia la cerca, tres hileras de alambre de púas, y la derriban con escaleras que tenían listas como plan opcional en caso de que la puerta ya no fuera una opción.

Bajo fuego de ametralladora, corren hacia los campos minados. Muchos quedan hechos pedazos, especialmente los que iban al frente y que hicieron posible que los que venían detrás atravesaran los campos. Cerca de la mitad logró llegar a los alrededores del denso bosque que ocultaba el campo de concentración. Pero a la larga, la mayoría de los fugados fueron capturados por equipos de búsqueda de las SS.

Los que sobreviven tienen que enfrentar otro tipo de campo minado —campesinos polacos antisemitas, partisanos y rufianes. Un grupo de escapados, entre ellos Bialowitz y su hermano, son acogidos por una familia campesina católica dispuesta a ayudarles a pesar del riesgo que corrían —los nazis ejecutaron a unas 704 personas en Polonia por ayudar a los judíos, escribe Bialowitz. Después de pasar meses escondidos, salen para encontrar que los nazis están en retirada, pero que las autoridades anti-alemanas que comenzaban a establecer un Estado no protegerían a los judíos. Una avanzada del Ejército Rojo los rescata. Entretanto Pechersky y otros camaradas se unen a partisanos pro-soviéticos y posteriormente se reintegran al Ejército Rojo.

Se sabe que diez mujeres y 48 hombres de esta fuga sobrevivieron a la guerra. Todos los presos que no se unieron al escape fueron asesinados. El autor terminó en EEUU, donde se hizo dentista. Aunque posteriormente se dedicó a “contarle al mundo lo que había sucedido en este lugar” y consideró que era su deber promover el “Nunca más” al genocidio, su visión estaba nublada por su respaldo a Israel, y en su libro guardó silencio sobre la limpieza étnica y otros crímenes contra los palestinos. Su visión se centraba en luchar por lo que él consideraba su pueblo, en contraste con algunos sobrevivientes del Holocausto cuyo “Nunca más” se ha dirigido contra todo tipo de injusticias. Como derechista sionista de toda su vida, no estaba dispuesto a ver con buenos ojos a la Unión Soviética. De hecho, esto le da credibilidad a su relato positivo del papel de la URSS y su Ejército Rojo.

Aunque solo mataron algo así como una docena de oficiales de las SS, el alto mando nazi quedó tan sacudido por el levantamiento de Sobibor que a los pocos días habían desmantelado todo el campo ocultando sus ruinas bajo tierra o asfalto. Cerca de un año más tarde, cientos de presos de Auschwitz-Birkenau, el mayor campo de exterminio, lucharon con hachas y rocas contra sus torturadores y destruyeron una cámara de gas y un crematorio antes de ser asesinados. En el gueto judío de Varsovia donde los nazis mantenían muchos miles de personas cercadas hasta que pudieran transportarlas a un campo de exterminio, la población se rebeló dirigida por comunistas y otros combatientes de la resistencia, y mantuvieron ocupadas a las SS y a las tropas alemanas durante un mes en un periodo crucial de la guerra.

Todo ese tiempo, las potencias de Occidente no hicieron nada o hicieron muy poco para ayudar a los que estaban siendo masacrados. Una cumbre yanqui-británica celebrada en 1943 para discutir la situación de los refugiados judíos ni siquiera discutió el hecho de que ambos países estaban limitando el número de solicitantes de asilo que dejarían entrar. Un importante enviado de las fuerzas de resistencia pro-británicas en Polonia estaba tan decepcionado que se suicidó en protesta. Al decidir que podían hacer muy poco por los refugiados y nada por los judíos en los campos de exterminio, porque, según ellos, eso obstaculizaría el esfuerzo de guerra, los líderes estadounidenses y británicos revelaron el carácter reaccionario de la guerra que estaban librando contra sus rivales imperialistas. El hecho de que EEUU pasó a jugar un papel crucial en el establecimiento del Estado de Israel simplemente refleja la continuidad de lo que guio y todavía guía a todas las potencias imperialistas: sus propios intereses imperialistas. Israel iba a convertirse en pieza clave para la dominación estadounidense del Medio Oriente.

El sistema global de capitalismo-imperialismo que produjo el genocidio de los judíos es el mismo sistema que enfrentamos hoy. Una vez las fuerzas dominantes de una sociedad declaran que la vida de algunas personas no es tan importante como la de otras, una vez se acepta esto ampliamente, aunque no por todo el mundo, tales posiciones se convierten en un elemento central para unir a una nación en torno a su clase dominante imperialista, se establece una cierta lógica y se abren de golpe las puertas del infierno. Cuando la policía francesa obligó a una mujer musulmana a quitarse la pañoleta, esa acción simbólica y legalmente aceptada tiene el mismo contenido racista que el cortarles las barbas a los judíos por parte de nazis y los ilegales incendios premeditados en los centros para refugiados por toda Europa hoy. El masivo asesinato policiaco de negros y otros en las calles de EEUU se debe entender como el resultado de la norma política de que las vidas de los negros no importan, porque los asesinos muy rara vez son castigados. En condiciones de crisis sociales ¿a dónde puede conducir esa lógica?

Aunque sería incorrecto pensar que todos los principales partidos políticos de Occidente representan el mismo programa político, sin embargo, a uno u otro nivel, y en diversas formas, las ideas potencialmente genocidas —de que el estilo de vida que desea la gente de una nación o una etnia real o imaginaria se ve amenazado por la presencia de otros— están profundamente incorporadas en el discurso político convencional de Occidente. Piénsese en el hecho de que los inmigrantes, que huyen de las guerras y otras pesadillas que estos países imperialistas y el funcionamiento de su sistema han creado, están ahogándose por miles en el Mediterráneo. Ningún gobierno considera esto como algo más que es un molesto problema político. No se considera como absolutamente intolerable, como una emergencia que exige una solución inmediata. La Asamblea General de la ONU de septiembre de 2016 emitió una declaración de promesas para “proteger los derechos humanos de los refugiados” pero no tomó ninguna medida seria para salvar vidas, ya sea de la gente que está en riesgo en su propio país o de los que pueden morir ahogados. Se celebró bajo diferentes circunstancias que la conferencia de 1943 donde se decidió no ayudar a los judíos en peligro, pero en últimas ¿qué tan diferentes son en términos morales?

Como dice Bialowitz, hablando de sus familiares, los judíos en Polonia que lograron alcanzar las líneas del Ejército Rojo fueron salvados. Durante la Segunda Guerra Mundial el Ejército Rojo salvó la vida de 1,5 millones de los cuatro millones de judíos en territorio ocupado o invadido por Alemania, según el historiador Arno Mayer. A diferencia de los otros países que combatían en la II Guerra, la Unión Soviética era socialista, no imperialista como pasó a serlo cuando básicamente se restauró el capitalismo a mediados de la década de 1950.

La historia de Sobibor y su contexto, la forma tan diferente en que las potencias imperialistas y la socialista Unión Soviética veían a los judíos en la II Guerra Mundial, es un ejemplo de dos sistemas sociales y perspectivas morales muy diferentes y opuestas. Ante los ya inaceptables horrores del mundo de hoy, y el potencial de horrores incluso mucho peores que tiene el sistema social dominante, esto muestra que no tenemos que aceptar el mundo como es.

(Para mayor información: *A Promise at Sobibor [Promesa en Sobibor]*, Philip “Fizel” Bialowitz, Imprenta Universidad de Wisconsin, 2010. También el filme británico de 1987, *Escape de Sobibor*, disponible online y en DVD. Arno Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken [¿Por qué no se oscurecieron los cielos?]*, Phanteon, 1988. Véase también el SNUMQG 2005-01-31). ■